Leonides (Johnny) Toledo

MI MADRE CAYEYANA

Núm. 13
Colección Cuadernos de la Revista Cayey
Universidad de Puerto Rico
Colegio Universitario de Cayey
Cayey, P.R.
1982

LC.
574 -

Con todo
el cariño para
mi querida maestra
Julie Fa
Conserve
muestra de
Ud. tiene
dirigió

de algunas
Creo que
pasos los

DATE DUE

COLECCION
CUADERNOS DE LA REVISTA CAYEY
Núm. 13

Leonides (Johnny) Toledo

MI MADRE CAYEYANA

Universidad de Puerto Rico
COLEGIO UNIVERSITARIO DE CAYEY
Cayey, Puerto Rico
1982

Número 13

C O L E C C I O N

Cuadernos de la Revista CAYEY

Director-Fundador:
Prof. Dr. J. J. Santa-Pinter

Núm. 1 Flor de mar. Ronda de sonetos del descubrimiento, por Juan Carlos GARCIA SANTILLAN, 1977

Núm. 2 Prestigio y calidad de enseñanza en el Colegio de Cayey, por J. J. SANTA-PINTER, 1977

Núm. 3 Lista revisada de los animales vulnerables, amenazados o en peligro de extinción en Puerto Rico (Symposium), 1979

Núm. 4 Un tubo y siete llaves (Cuentos), por Víctor A. CABELLO, estudiante, 1979

Núm. 5 Gemas Infantiles, por Nilma TORO DE TRICOLI, 1979

Núm. 6 Simbolismo del sistema de la Universidad de Puerto Rico, por J. J. SANTA-PINTER, 1981

Núm. 7 Escudo, sello y bandera de Cidra, Puerto Rico, por J. J. SANTA-PINTER, 1980

Núm. 8 Contornos Cayeyanos, por Héctor M. VEGA RAMOS, 1980

Núm. 9 El Monte del Torito (Poemas) de Fidel RIVERA, 1981

Núm. 10 Cayey, el corazón de Puerto Rico (Poemas) de José (Pepito) LEON, 1981

Núm. 11 Psicología teórica-Psicología aplicada, por Angel R. RODRIGUEZ, 1981

Núm. 12 Carlos de Austria-Hungría, por J. J. SANTA-PINTER, 1982

Núm. 13 Mi madre cayeyana, por Leonides (Johnny) TOLEDO, 1982

Leonides (Johnny) Toledo

MI MADRE CAYEYANA

© El Autor, 1982

INDICE

		Pág.
Presentación		7
Parte Primera:	Prosa	9
	Ella	11
	Para un amigo	13
	El vacío	15
	¿Qué es la vida?	17
	El dolor postrero	19
	¿Qué es?	21
	¿Por qué será?	23
	El Torito y las fiestas patronales	25
	¿Quién es?	27
	Lágrimas	29
Parte Segunda:	Versos	31
	Para Olga	33
	Una flor sin vida	35
	Para Dolores	37
	Eternidad	39
	Epítasis	41
	Pensamientos	43
Parte Tercera:	Lucero	45
	Lucero en la madrugada	
	Lucero enamorada	
	Lucero pierde a su hijo	
	Lucero y Fido	
	Muerte de Lucero	

PRESENTACION

Con este número Colección Cuadernos de la Revista CAYEY publica un tomo realmente único porque reúne Prosa y Versos del Hon. Leonides Toledo, Alcalde de Cayey.

Nuestra satisfacción es, pues, grande porque hemos logrado afianzar los lazos entre nuestro Colegio y la Comunidad a través de esta obra intelectual del popular Johnny cuyo espíritu e inquietudes se manifiestan a través de sus escritos, sea en prosa, sea en verso. Y en última instancia en sus Pensamientos que agregamos al final del tomo.

Sus escritos reflejan un alma sensible, de la cual nos da testimonio su amor filial hacia su madre. A ese amor debemos atribuir también el título del presente volumen.

Además, el autor reacciona vivamente ante la belleza, no importa su forma de exteriorización materializada, sea una mujer, el paisaje cayeyano o las fiestas patronales. Y Lucero...

Inauguramos toda una nueva era de eficaz colaboración mediante una anticipada acogida favorable por nuestros lectores.

J. J. Santa-Pinter

PARTE PRIMERA

Prosa

ELLA

Era una noche de invierno cuando encarné en tí, madre mía ¡Qué contenta, qué alegría! Alegre, porque en tus entrañas llevabas el fruto de lo que tú ansiabas. Era tu ambición, era tu desvelo. Dios te dio el don de ser madre. Mientras pasaban los días, los meses, más te desvivías para ver mi arribo, para ver tu fruto. Y llegó ese día cuando sentiste que tu cuerpo se desgarraba como lo siente la semilla al surgir el embrión. Era la sentencia del Creador cumpliendo su palabra, parirás con dolor.

Y entre llantos y dolor en aquella madrugada salgo a ver un mundo nuevo; nuevo, porque tú me trajiste, nuevo, porque hacía frío; nuevo, porque oí tu voz; nuevo, porque por primera vez tenía hambre. Lloré, porque vine solo, lloré, porque estaba en un sitio diferente. Pero tú con esa virtud de ser madre, me arropabas, me dabas tu calor, me ofrecías tus caricias te inclinabas para que yo como un gorrión hambriento absorbier el néctar de tu pecho. Madre, ese fue el primer momento en qu más te necesité, gracias madre.

Pasaba el tiempo y tu ilusión crecía, como crece el capullo para convertirse en flor. Pero una noche, cuando me arrullabas en tus brazos y mirándome los ojos dijiste, ¡qué grande es el arquitecto de la vida! A María, le dio el don de traer al niño Jesús y a mí de traerte a tí.

Hoy después de tantos años, cuando los surcos del tiempo arropan tu cuerpo, me preocupo, me desvelo; porque tus días se acortan. Te veo en la cama y tal parece que Dios te necesita. ¡Por qué! ¡Por qué Dios Mío, ¿no me la dejas tener eternamente?, ese es mi deseo, pero me conformo porque tendré un anfitrión cuando Dios lo ordene.

Si te vas, madre, acuérdate de mi dolor, si te vas, madre, no te alejes de mí porque te necesito.

Te seguiré llamando, aunque me crean loco, te seguiré llamando para que no me abandones en la orfandad, te seguiré llamando hasta que llegue el día de nuestro nuevo encuentro.

PARA UN AMIGO

Hoy, es un día muy feliz para aquellos amigos y amigas que ven en el rostro feliz de su madre la luz redentora de paz espiritual y satisfacción. Para otros, hay un vacío difícil de llenar, si no es por el recuerdo de haber sido un hijo bueno. Unos, caminan grandes distancias para llevarles un regalito, un beso, su compañía. Otros, caminan grandes distancias para llevarles un ramo de flores y depositarla en su tumba. Unos ríen, otros lloran. Ríen porque ella ríe con ellos. Otros lloran, porque no la ven. La buscan en su conciencia. Si han sido buenos con ella, la ausencia no es ninguna, porque la ven juntita a los Angeles de Dios. Sí, allí está ella, contenta, alegre, y con una sonrisa pícara y fugaz que le dice a su hijo, si aquí estoy, mirándote y preocupada como antes. Te veo, tú no me ves, te toco, tú no me sientes, me río, tú no me oyes, pero estoy a tu lado y tú no lo sabes. El llora y ella lo consuela, cuando le pasa su mano espiritual por sus mejillas y le dice, ¿por qué lloras? ¡si yo estoy aquí, cerquitita de tí!, ríe como yo, ¡si yo no me he ido! En tus sueños me ves, calla, alégrate, que yo lo estoy. Y aquel hijo lloroso, mira hacia el cielo y allí ve dos rayos de luz que lo conforta y lo anima, son los ojos de su madre, que le dicen adiós.

"EL VACIO"

Era un día de las madres, precioso, soleado
Se respiraba alegría para aquellos que la buscaban
Se respiraba alegría cuando la encontraban. Todo era besos, abrazos, caricias, amor, bendiciones.
Aquella ocultaba la ausencia de sus hijos, con una lágrima, ellos la ocultaban con una sonrisa

"Madre" les decían...

"Hemos sacado el día para traerte felicidad, para traerte el cariño profundo que sentimos por tí
Queremos que nos goces en tu día, queremos tus caricias en tu día".
Aquella madre piadosa, ocultaba una pena muy profunda en su corazón. Era la ausencia de su madre. Aquella no estaba allí, ella no gozaba de la ocasión, para ella no había caricias, no había abrazos.

Una lágrima rodó por su arrugada mejilla
"Madre, ¿Por qué lloras?" le preguntó un hijo mientras secaba la mejilla con su mano liviana.

La madre, en un embeleso y tierno mirar le contestó

"Aquí hay un vacío profundo

Aquí hay un vacío difícil de llenar

Es la ausencia de mi madre".

Al ver que aquella madre buena lloraba, ellos lloraban

Al ver que aquella madre buena sufría, ellos sufrían porque se iba a repetir la ocasión

¡Qué satisfacción se siente cuando la rodean sus hijos!
¡Pero qué pena se siente cuando se busca y no se encuent

Aquella madre llorosa se acerca a sus hijos y les dice..

"Hijos míos, acompañadme al campo santo,

Quiero recorrer el cementerio".

Aquellos hijos llorosos acompañaron a su mamá

¡Qué tragedia, qué pena!, ninguno sabía en dónde descansaban los huesos de su abuela

Aquella madre perturbada se acercó a una fosa común y les dice;"aquí descansan los restos de mi madre

¡Qué alegría, para Ustedes!

¡Pero, Qué pena para mi ser!"

Aquella madre, que vestía nítidamente de negro, se arrodilló y en un solemne momento elevó una plegaria por aquella que la vió nacer, por aquella que le dio la vida, por aquella que no estaba

Al terminar la plegaria, aquella madre llorosa derramaba sus lágrimas sobre la tumba de su madre

"¡Aquí te devuelvo tus penas, Madre mía!
te devuelvo tus lágrimas, Madre mía!" Aquella madre llorosa derramó todas sus lágrimas en la tumba como un fertilizante para aquellas flores que era el único recuerdo.

¿QUE ES LA VIDA?

Una noche de desvelo, me preguntaba: ¿dónde estaba yo antes de venir a este mundo? Divagaba mi mente sobre esta interrogante. El sueño me vencía, pero tratando de no dormir pude observar una luz muy refulgente ante mi lecho. Era la presencia de mi madre en mi imaginación y dije: aquí está la contestación a mi preocupación y le pregunte, ¿Madre, dónde estábamos tú y yo antes de venir a este mundo? Ella, con una sonrisa pícara y fugaz me observó y con una voz llena de melancolía me dijo: Esa fue la misma pregunta que me hice cuando te tenía en mis brazos. Sé que llegué primero y que tú seguías mis pasos. Tú me seguías y yo te esperaba, porque sabía que ésta sería una continuación de la otra. Y así será a través de toda nuestra existencia, será una repetición continua y ésa será la misma pregunta.

Pero, Madre, ¡si yo no te conocía!

En tus sueños me veías y buscabas mi calor. Llorabas buscando mi aliento y cuando yo te acariciaba te sentías seguro. Cuando me inclinaba para alimentarte parecías un gorrión con el pico abierto buscando mi seno para mitigar tu hambre. Dios me dio el don de ser madre y ésa fue la razón de nuestro encuentro.

Madre, ¿Y tú me acompañarás durante toda mi existencia?

Esa sería mi ambición, pero solamente El Padre puede darnos la respuesta.

Pero, Madre, ¿me conformaría yo viviendo sin ti en este mundo?

Sí, porque yo te estaré preparando para cuando llegue esa ocasión. Pero puedo asegurarte que, como en este vida, te seguiré esperando.

Pero, ¡Madre no te vayas! , y la luz se fue apagando y el sueño adueñándose de mi ser.

Al otro día desperté y corrí a ver a mamá, la miré, la acaricié, la besé y con lágrimas en los ojos dije, aquello solamente fue mi imaginación, no se ha ido.

EL DOLOR POSTRERO

Era una noche tenebrosa, de esas llena de tenues suspiros de coquíes y gritos desgarradores de chicharras, en la que yo contemplaba a mamá en aquel plegatín. Ella me miraba y en cada sonrisa se enmarcaban en su rostro los surcos dejados por el tiempo como un símbolo de sacrificio y dolor. Era una sonrisa vaga, opaca como el atardecer que muere con la noche. Pero con sus ojos escrutando lo infinito de mi ser, me pregunta: "hijo, ¿qué tiene tu corazón que ya no late como antes, cuando te tenía en mis brazos? Todo tu ser era mío, te veía cual al niño Jesús en los brazos de María. Eras para mí lo más sublime de la vida. Creía no verte como estás, pero el Padre me permitió que fuera en este momento postrero darte mis últimas miradas. Ya mis ojos me abandonan, ya el aliento se me escapa, pero teng la dicha de tenerte a mi lado. Mis lágrimas son como el rocío que el rayo las desvanece. Son lágrimas secas. ¡Mírame los brazos, mírame mi cuerpo!, descarnado, pero la sangre fluye y el corazón apenas late."

Y en una desesperación imcomparable, le pregunto: "madre, ¿me vas a dejar huérfano en este mundo?" "¡No!, te seguiré tus pasos, y cuando más solo te encuentres el fluir de mi espíritu te dará aliento. Estaré cerquitita de tí, cuidándote como antes, preocupada como siempre."

"¡Pero madre!, en mis noches de desvelo te buscaré y no te encuentro; suspiraré por verte, lloraré en silencio." "Hijo, en tus desvelos me sentirás como una tenue brisa acariciando tus mejillas, esa, esa seré yo confortándote a tu lado. Tus lágrimas serán como río que busca el mar; allí en las profundidades se unirán tu corazón y el mío. ¡Buscarás mi aliento en tu desesperación!, pero ya mis ojos no te ven, te miraré de lejos, porque ya mi espíritu se ha elevado."

"Pero, madre, ¡no te vayas!", y aquella madre piadosa abre sus ojos por última vez, para decirme, adiós.

¿QUE ES?

Era un día primaveral, y en una de mis visitas a las campiñas de mi pueblo, me detuve sobre la cumbre rey de la sierra de Cayey. Tal parecía que iba a tocar el azul firmamento con mis manos, pero eran muy cortas, sin embargo el largo brazo de mi imaginación podía hacerle cosquillas al inmenso Júpiter. Me creía el ser más feliz de esa comarca.

Mi mente inquieta buscaba entre ese conglomerado de casas de hombres de cosas, el porqué de su existir. De repente vi p sar un ave de rapiña que llevaba en sus garfas una rata desesperada que iba a una muerte segura. Era un ser viviente, pero no comprendía el porqué de su dolor. No pensaba que el dolor desaparecería con la muerte y su materia sería transformada en no se qué; allí terminaba una vida de daño, de miedo, de perse cución.

Dentro de aquel torbellino de ideas, de interrogantes, asociaba aquella experiencia con otra situación después del éxtasis, del regreso de una accidentada la cual había sido declarada muerta. En su relato mencionaba el gran túnel obscuro en forma de torbellino, donde la calma y tranquilidad eran hermanas para una verdadera felicidad. Podía ver aquella materia suya podrida por la envidia, la insidia, la traición, la corrupción, que le hacía muy difícil el regreso. Aquel no regresaba pero se llevaba para siempre su maldad, esta tenía la oportunidad para redimirse. La parga la acechaba como buitre a su pre

Sentía el frío como ave cautiva en las fauces de un ave de rapiña, pero consciente de su destino aun después de la muerte. Y ésta, ¿qué es? Es el cambio. Sin embargo, el tiempo asignado no se había completado. Unos gritos desesperados perturbaban aquella felicidad. Eran sus hijos, sus hijas. Mamá, mamá, mamacita, no nos abandones; mamá, mamacita, regresa. Dios mío devuélvenosla, decían otros. Y con estos gritos desgarradores, no veían lo que estaba sucediendo. El espíritu regresaba y aquella materia: tenía vida. Y con palabras balbuceantes y un suspiro profundo les decía,"no mis hijos, no me he ido, aquí estoy con ustedes." Y aquellos hijos llorosos compartían todos aquel regalo del cielo que era el regreso de su madre.

Solamente ello podía contestar la interrogante, ¿Qué es?

¿POR QUE SERA?

Era un día de primavera, el astro rey, muy contento, dejaba pasar sus sedosos rayos de luz para que la ocasión fuera más radiante.

Mi mente que más parecía un pincel formando un sin fin de imágenes daba rienda suelta a la imaginación. Oía el gorjeo del gorrión, del zorzal, del canario; veía a la inquieta alondra, el hermoso colibrí, que como pirata natural, le robaba el delicioso polen a la hacendosa abeja. El olor a jazmín, la azucena su compañera, eran la envidia de las rosas, el clavel, los nardos y más aún por el rey de aquella comarca el inmenso girasol. ¿Y las margaritas?, que más bien parecían estrellas regadas por el huerto como una orden del Creador. A lo lejos, en Lontananza, se veía, como un rayo de luz se descomponía en una gama de colores, formando el atractivo arcoiris. Este, no perturbaba aquella quietud. Qué festín se hubieran dado Miguel Angel, Da Vinci, Murillo y el mismísimo Monche Frade coronando su obra maestra, El Pan Nuestro de Cada Día. Adán y Eva se hubieran sentido envidiosos al observar tanta belleza. Aquel, era el Edén, éste, era el paraíso.

Una pareja de palomas era la atracción de la comarca. Sus piquitos dorados daban rienda suelta a aquel inocente amor. Jugueteaban, unían sus picos, como si hubieran recibido la bendición nupcial; todo para ellas era felicidad.

De pronto, una hoja seca de yagrumo caía a mi lado; sobre ella se jugaba la vida un bonito alacrán. Este, se jugaba la vida, por el mero hecho de haber nacido macho. Aquella llevaba en su vientre la generación de aquel, pero se sentía envidioso de sus congéneres.

El, buscaba escaparse, pero la ponzoñosa anestecia le impedía la fuga, para convertirse en alimento de su consorte. De repente un ruido ensordecedor de una cigarra me hacía abortar tan bonita ocasión, me anunciaba el ocaso de la tarde.

EL TORITO Y LAS FIESTAS PATRONALES

Juan de Mata fundó a mi Cayey querido y como un premio a su humildad, fue bautizado en nombre de la Virgen de la Asunción. ¡Qué mejor sitio que este Valle para establecer este pueblo! Es el Torito, que como estatua muda ve llegar y ve partir a sus hijos. Se ríe cuando uno de sus hijos triunfa. Se hincha cuando su arboleda con una brisa tenue acaricia a sus moradores como una señal de orgullo. Desde su cima contempla al Río Plat. que como una culebra serpentea los valles y llanuras para perderse en el Atlántico. Se inquieta porque no puede acompañarlo, pero fija su mirada a lontananza, triste porque allí lleva el secreto de la Sierra de Cayey.

Muchos vienen, muchos van. Los que vienen nos traen su aportación cultural, económica, deportiva. Los que se van llevan el orgullo de haber convivido con nuestro jíbaro, el hombre de tierra adentro, que sólo lleva en su corazón la humildad, la sinceridad, la hospitalidad y más que nada su bondad.

El hijo que abandona la ciudad de Cayey buscando nuevos horizontes, la añora, la anhela y solo piensa en morir en ella, porque en sus entrañas encuentra el olor a tierra borincana, de esa tierra que vio nacer a Miguel Meléndez Muñoz, que le dio inspiración a Monche Frade, a la que Chufto y César le cantaron

A su regreso nota la ausencia de Chato, Flor Patilla, Beatriz, Merejo, Fausto el de Pueblo Nuevo, Juan Amaro que servía de plañidero, cuando nadie se afligía en el duelo de algún Cayeyano. ¿Y Julín Cotto? el hombre orgulloso con su habano encendido que a cada bocanada de humo llevaba su espíritu de libertad. Aquel que odiaba el trabajo y a cada paso que daba buscaba a quien lo inventó.

A lo lejos ve acercarse al laborioso Sombrillita, a Cosme tambaleante diciendo: alcahuete, a Guisón con su jauría de perros todos gorditos porque para ellos vive.

Los llama para obsequiarlos y al alzar las copas brindan por Cayey, por el Plata, por el Torito y con un suspiro profundo por la Virgen de la Asunción.

¿QUIEN ES?

Era un día esplendoroso, el sol brillaba, la brisa me acariciaba tenue, que como un pétalo de rosa me brindaba tranquilidad para la meditación. La sombra de un árbol me servía de techo y la fresca grama que como lecho natural me invitaba a un reposo espiritual.

Acepté tan noble cita para darle rienda suelta a mi imaginación. La quietud fue mi compañera. Cerré los ojos y busqué en lo más profundo de mi ser, cuál sería el tema para tan noble ocasión. Pasaron por mi mente un sin fin de ellos, pero me detuve para analizar el que más me perturbaba. ¿Qué es la maldad?

De pronto una hoja seca de aquel árbol me hizo abortar tan amarga interrogante. Era como la mano del Padre que me advertía que no hay tal maldad. Entendí la señal y medité el porqué de la actitud humana. Analicé en lo más profundo de mi entendimiento lo que a tantos seres humanos nos tiene preocupados. Los hombres nacen ingenuos, buenos, pero lo sombrío de la vida va despertando el ellos impulsos, el obstinamiento y los deseos de reconocimiento, que es muy natural en el ser de poca imaginación, que se comporta con cierta aversión hacia aquel a quien no ha podido igualar, ya sea por su pequeñez intelectual o porque la envidia ha ido viciando su espíritu; como la sombra que no abandona al sujeto.

En este torbellino intelectual que aumentaba según pasaban las horas, me acordaba de Caín, de Judas, de Nerón, de otros, que llevaban en sus venas la sangre de la traición. Veía a Jesús, a Buda perdonando a sus enemigos como en señal de elevación espiritual. Si no perdono no tendré perdón, si contesto con la misma ofensa me igualo al otro, por lo tanto los tendré como amigos ante la presencia de Dios y ante los hombres.

Una orquesta de coquíes, me anunciaba el ocaso de la tarde, poniendo freno a mi imaginación.

Un olor penetrante me llenaba los sentidos, era olor a sándalo, que es un árbol que perfuma el hacha que lo hiere, como la sangre del Inocente dignificó al madero.

L A G R I M A S

En una noche de invierno y mirando hacia la luna opaca, que con la densa neblina se le hacía difícil atravesar su luz sobre la tierra, daba rienda suelta a mi imaginación. Un ladrido de un perro me hizo recordar el porqué del sufrir de los seres que habitan este mundo cruel como si fuera un infierno. El llanto de un niño que acababa de nacer, era la muestra más clara del rechazo de ese nuevo ser, que no comprendía la diferencia que había en su mundo anterior y al nuevo mundo que acababa de recibirle. Eran dos mundos, uno cómodo y feliz, otro frío y diferente. El no comprendía el porqué de su llanto. Se llora cuando se sufre o cuando se es muy feliz. Cuando se sufre, ese llanto sale de lo más profundo del alma, que a la vez la limpia cuando hay un algo que la perturba. Esta alma está enferma, podrida y solamente esas lágrimas pueden limpiarla.

Al llorar, se despeja el alma, al llorar, se encuentra la tranquilidad que es como una confesión con el Padre, Nuestro Señor. Es un ser nuevo, es un ser sano, no hay congoja no hay dolor, no hay pena. Hay vida nueva, hay deseos de vivir. De nuevo surgen las lágrimas de felicidad, Porque ha comprendido que es un alma enferma y cuando esa misma se ha redimido de cul pas y pecado.

Cuando se odia el alma se enferma, se perturba, el cuerpo físico padece; porque no puede haber tranquilidad en el alma mientras se trata de trasmitir esa misma intranquilidad a otro

ser humano. El odio sigue su curso hasta que el Padre hace comprender el error que se comete. Pero el odio es como un lago de lágrimas oculto, que cuando no se justifican Dios da tiempo para derramarlas. El odio puede ser como la sombra, que no deja a su sujeto, pero si lo comprende, se da cuenta que un alma sana no tiene sombra.

PARTE SEGUNDA

Versos

PARA OLGA

Olga ve pasar el tiempo
Que como brisa encantada
Fija su mustia mirada
Buscando un amor sincero

Todo es ilusión para ella
Pensando en que llegue el día
Entre canto y fantasía
Solloza y rie
Porque en su mundo infinito
Busca su amor cada día

El coquetón de cupido
Nota el sufrir de mi amiga
Lanza su flecha encendida
De amor tornado en suspiro

Lo ve llegar, se contenta
Ríe, llora, gime, canta
Porque su corazón se ensancha
De amor, dicha y alegría.

UNA FLOR SIN VIDA

Pasé por el camino un día
Y me llenó de tristeza
Al ver entre la maleza
Una rosa en su lozanía

La contemplé con ternura
Sin poderle acariciar
Yo no la podía rociar
Se perdía tanta dulzura

No podía haber armonía
Entre espinas y los abrojos
La acariciaban los matojos
Y más fea se ponía

Trataba de acariciarle
Me sorprendió un cigarrón
Que le metía el aguijón
Y a la vez la marchitaba

La flor se quedó marchita
Perdiendo toda hermosura,
El muleque sin ternura
La devoraba, con pasión maldita

Yo proseguí mi camino,
Y dejé aquellos abrojos
Con lágrimas en los ojos
Me olvidaba de mi mismo.

PARA DOLORES

Con sus ojos seductores
Hechos del fondo del mar
Cuando se pone a mirar
Es envidia de las flores

Admiración de los hombres
Con su cuerpo escultural
Todos miran al pasar
A esta joven de estirpe noble

Con venus es comparada
Por su escultural figura
No hay cincel no habrá pintura
Capaz de hacer esta estampa

Si a venus le dieran vida
Se sentiría tan celosa
Porque esta preciosa rosa
Fuera causa de su envidia

Dios bendiga ese jardín
Que tan bonita flor dió
Que a Cayey engalanó
Con su aroma de jazmín.

E T E R N I D A D

¡Qué nostalgia sentí al partir!
¡Cuántos sueños y esperanzas!
Añorando en otras tierras
Mi tierra bendita: La Patria

Todo por un sueño lo dí
Por esta islita, mi amada
Sinfonía de colores
Mosaicos de ríos, valles y montañas

Para que mis hermanos la gocen
Sin que les entorpezca nada
Que la libertad del hombre
Se la da la democracia

Me torturaban las ansias
Por regresar para verte
Se hacían siglos los días
Por el temor de perderte

¡Qué ajeno mi pensamiento!
¡Qué insospechado destino!
Hallar con sangrantes pasos
De los héroes del camino

¡Abre los brazos, mi tierra,
Que quiero dormir contigo
En ese bendito sueño
Que el sueño de los siglos!

Nota: Esta poesía fue dedicada postumamente a un joven estudiante que se despide de su maestro Leonides Toledo, para regresar muerto a su patria.

EPITASIS

Ya se acerca el final de mi existencia
Y en el raudo paso en este mundo,
Sólo llevo en mi existir profundo
El haber dado de mi espíritu la esencia.

¡Qué poco nos dura el existir, la vida!
Porque el tiempo es corto y presuroso,
Vivimos soñando en un mundo tenebroso
Y nos sorprende sin remedio, la caída

Y en la desesperación busco la brecha,
Para poder limpiar mi conciencia impura,
Sin saber que el tiempo se apresura
Mientras la muerte sin piedad acecha

La veo llegar, me contento, ¡qué alegría!
Me pude liberar del odio y de la insidia,
Y en el cubil de la fieras dejo la envidia
Que es la pesada carga en la agonía

La tierra se contenta, suspira y gime,
Al ver llegar mi cuerpo inerte,
La sentencia se ha cumplido con la muerte
Y en un eterno abrazo me recibe.

No permitas que la caída de tus enemigos
te produzcan risa, ya tus piernas empiezan
a debilitarse

La venganza produce risa, pero ésta como
raudo vuelo se disipa, ¡quién reirá cuando
tu llores?

La espera es una forma de venganza
tus enemigos le temen al futuro, perdónalos

La envidia al igual que el odio es una forma
de debilidad, no la compartas, tu corazón
se abate y envejece

Fija tu mirada al indolente, aunque sea más
joven que tú, ¿no envejece?

No ocultes tu mirada al enemigo, tus ojos
son dardos venenosos que buscan su guarida

Las acciones buenas te engrandecen el espíritu,
si perduras, entonces, ¿por qué temerle a las tinieblas?

Las obras buenas ni se pesan ni se miden
el brazo de la conciencia no tiene límites

No busques recompensas por tus obras, porque
la conciencia no tiene precio

Cuando le extiendas la mano al desvalido,
es cuando más te acercas a Dios

Cuando a tus puertas toca un menesteroso
ábrelas de par en par, allí en tu aposento
está su paraíso

Las lágrimas pueden ser puras si se enjugan
con el dolor ajeno, pero amargas si brotan
de la venganza

El odio es como un lago de lágrimas oculto,
que cuando no se justifica, Dios da tiempo
para derramarlas

El sueño es una forma de la muerte
tu conciencia los concilia

La conciencia rompe el eslabón que une a la maldad con la candidez

La muerte podrá separar al espíritu de la materia, pero jamás podrá separar la conciencia humana la virtud de haber nacido juntos

La envidia, la ensidia y el odio tienen un bien común, la maldad.

El dardo de la maldad no enmohece revierte en infortunio para el que lo lanza.

PARTE TERCERA

Lucero

LUCERO

Blanda, fuerte como el tachuelo, dulce en su jugueterías, así era Lucero mi rocinante. ¡Qué mucho me divertía mirándola; parecía una estampa ecuestre semejante a Babieca! ¡Qué muchas batallas libramos y siempre salíamos airosos! Lucero más parecía una niña dócil y atenta. Mi presencia era su alegría, un relincho era una carcajada. Hablábamos a solas y me entendía, la llamaba y corría hacia mí; como diciendo aquí estoy, parecía decirme, ¿dónde vamos? A veces cuando ya cansados de cabalgar la soltaba al pastoreo y descansando debajo de un árbol me dormía. Pasaban las horas y al despertar la veía a mi lado como queriéndome acariciar. Jugueteaba igual que un niño, como la brisa ténue que besaba la sombra para poder soñar. Muchas veces se encondía para hacerme sufrir, pero un silbido de trueno la hacía regresar y como un niño asustado se acercaba buscando una caricia, mirando mi rostro, buscando un regaño. ¿Dónde estabas Lucero? era mi pregunta y como una niña traviesa queriéndome engañar de sus travesuras, me empujaba con su hocico como si fuera una caricia para olvidar la maldad.

Me seguía igual que un niño, leal como el can sediento de caricias. Cuando entraba a mi hogar y al sentarme a la mesa pasaba por la sala como una invitada más y seguía hacia la cocina a buscar su ración de maíz y miel. ¡Qué mucho sufría cuando era poco, pero regresaba al batey y como una niña que espera, pasaba las horas atenta a mis movimientos! Que muchas

noches de desvelo; ¡qué muchos días de angustia. Cuando se enfermaba me preocupaba porque la quería tener a mi lado, como se quiere a un niño, a una madre. Yo era su doctor, yo era el bálsamo de su alegría, yo era su confianza, la luz y el aire que le daban vida. Muchas veces me asustaba, como asustan los niños a sus padres acostados en el piso, en el pasto. Parecía dormitar y cuando olfateaba mi presencia abría los ojos y con un relincho ténue me decía, no es nada, aquí estoy.

Ven, le decía y como dócil criatura me seguía, cual un niño, cual un perro deseoso de acompañar a su amo.

LUCERO EN LA MADRUGADA

Era una noche triste, lluviosa obscura; nuestros compañeros de camino era una orquesta de coquíes, cigarra y a lo lejos la voz del sapo toro. Las estrellas aletargadas porque su luz no se palpaba, tal parecía que no había fiesta en el firmamento todo era quietud. De repente oigo unos pasos detrás de mí, mir hacia atrás para ver nuestro acompañante y sólo al murmullo del buho me dió ánimo para seguir, -Lucero, ¿oiste los pasos que no seguían? y ella con la tranquilidad del agua en reposo me mira queriéndome decir, no te asustes, yo estoy aquí. Los huevos que llevaba en la cesta parecían camándulas entonando una canción e una higuera seca como lo hacían nuestros antepasados al acompañ una canción de brujería. Tal parecía una noche de brujas. De repente lucero deja de caminar, me impaciento al notar su postura; era un transeunte embriagado, acostado en el camino creyéndose estar en un hotel de lujo, gozando las delicias de su alucinación producida por el néctar de la caña de azúcar hecha espíritu para adormecer los sentidos. Vamos, mi amiga, no le turbe el sueño dorado de su infortunio. Entre tanto, nuestro soliloquio continuaba hasta que un jinete se acerca a Lucero y a mí para señalarme el porqué yo había apagado la foca encendida para alumbrar mi camino. Tal fue su sorpresa de mi interlocutor al yo explicarle, que la única luz que me alumbraba esa madrugada eran las luciérnagas de la noche y los destellos de los ojos de Lucero.

-Amigo, con usted venía un fastasma; yo lo ví todo iluminado, la luz refulgente a su lado me pareció verlo como una fulguración, y en un estado de nerviosidad el jinete y su corcel regresan al pueblo acompañándome porque Lucero y yo éramos luz en las tinieblas.

LUCERO EN'MORADA

Era en el mes de junio, verano, cuando ya la primavera le había dado paso al calor. Ya el flamboyán le ofrecía al espíritu el deleite de soñar con la natura. Las flores roja y blanca, símbolo de la ciudad de las brumas recreaban la vista al observador. Lucero igual que yo nos divertíamos oyendo al pitirre en la enramada, la reinita inquieta nos deleitaba con su cantar, el colibrí con su largo pico que tal parecía una barrena le hurtaba el néctar de las flores. El olor a jazmín y azucena que eran nuestras flores predilectas nos hacían soñar. Lucero recostada debajo del flamboyán soñaba, yo la veía. De repente un relincho nos hace abortar aquel jardín espiritual. Era un caballo ballo, como una estatua ecuestre que le hacía el amor a Lucero. Ella con su escultural figura se quería aparear al corcel, pero me miraba y me miraba como pidiéndome permiso para acompañarlo. Corre, corre Lucero y únete al caballo que te incita. De repente le doy rienda suelta para sus ilusiones.

Se va luna de miel con el corcel. Pasaban los días y Lucero no regresaba, tal parecía que estaba en las Bahamas, en la Isla de Escorpios, donde los grandes magnates hacen sus travesuras. Pasaban los días y en una madrugada a mis puertas llega un visitante, el relincho de Lucero me hizo despertar, regresaba tranquila, contenta, porque en sus entrañas llevaba el fruto de aquel idilio.

¡Qué contentos, que alegría. Lucero había sido inducida por Cupido, iba a ser madre.

LUCERO PIERDE A SU HIJO

Era una tarde tranquila y el sol en su inmenso color rojiz parecía una bóveda celeste mudiéndose en el ocaso. Lucero esta muy orgullosa porque pronto iba a ser madre. Yo la compadecía entre ratos le acariciaba el vientre, pero ella celosa como madre, torcía el pezcueso para mirarme y parecía decirme:

-Ahí llevo lo más preciado de mi vida, mi hijo-

Un amigo, como hay muchos se fijó en esa estampa ecuestre ante mí y me dice:

-Esa yegua, más parece una dama de alta arcurnia que un rocinante-

-¿Serías tan amable de prestármela para dar un pequeño paseo?-

-Es una estampa, ¡qué hermosura, parece que con un buche d agua es capaz de bañarse-

Ante tal situación y al ver la adulación por parte de mi amigo accedí.

Lucero, al ver al extraño sobre el lomo se sintió celosa y como una chica iracundia se alejó de mala gana. No era su deseo que aquel mancebo la montara.

Pasaban las horas y el truán no regresaba, pasaba la noche y yo desvelado por su suerte, no dormía. Parecía verla maltratada, porque el hombre no se había apiadado de su condición, ella quería ser madre. Muchas veces en que nos sentabamos a la sombra de un árbol frondoso hablábamos de su primogénito.

-¿Será como tú, o como su padre? Ella con mirada de malicia y guiñándome un ojo parecía decirme:

-Me gustaría se pareciera a aquel, aquel que encendió la chispa de mi amor, aquel que fue enviado por el cupido ecuestre para yo sentirme tan feliz - Lo quiero con cuatro cabos blancos como yo y un Lucero en la frente, pero fuerte y hermoso como su padre.

-¿Y que nombre llevará? - Ella con una mirada relampagueante me insinuó el nombre que debía llevar el fruto de su amorío.

-¿Lucerito?

¡Qué contenta, que alegría, al oir pronunciar tan lindo nombre. No quería perder el nombre de tan lindo linaje, estirpe de alta alcurnia. Ya la aurora aparecía, al parecer un cuadro de Da Vinci, el astro sol asomaba y con sus punzantes rayos, hendía el firmamento para traernos un nuevo día.

Las estrellas estaban opacas porque el astro rey les deslumbraba.

El rocío del flamboyán caía a torrente como lágrimas por la ausencia de Lucero que dormía en su remanso.

De repente el pitirre y el colibrí se ponen contentos, uno canta alegremente y el otro jugueteaba con la brisa otoñal; era el regreso de Lucero.

Vanía triste, porque el mancebo la había maltratado, venía triste, porque traía dolor, venía triste, porque iba a perder al hijo de sus entrañas. Lloraba igual que una madre que pierde lo más preciado, su hijo. Cabizbaja y triste camina hacia el flamboyán, aquel, que tanto lo acariciaba al dejar caer sus flores sobre el lomo, aquel, que le bañaba con el rocío cuando

salía el sol. Allí llegó ella para depositar en sus raíces el fruto de su amor, ya muerto.

Ella, lo miraba y lo acariciaba como la madre, al ver perder el fruto de su alma. Dos lágrimas enormes bajaron por su cara y con un suspiro profundo se echó de rodillas junto a su hijo.

Allí estábamos los dos llorando, porque su llanto era el mío, porque su sufrimiento era el mío.

LUCERO Y FIDO

Estaba Lucero aletargada después de perder a su hijo y miraba lánguidamente el color de las flores que parecían marchitas como está su corazón. Buscaba en el horizonte remedio a su infortunio y sólo podía ver en la bóveda celeste una funesta negrura sin colores. Buscaba aquí y allá pero su corazón diñac no tenía aliento para seguir viviendo, pero Dios que mira a todas sus criaturas con compasión le abrió el corazón amoroso y pudo depositar su cariño a Fido. Este era un amarillo lebrel, con una estampa de gran estirpe canina. Manso, juguetón, feroz al llegar el momento para defenderse, pero cariñoso y leal; Fido era el amigo inseparable de Lucero. Jugueteaban como inocentes criaturas por la verde grama que tal parecía deslizarse sobre una alfombra de algodón. Ya cansados de correr, Lucero invitaba a Fido a descansar a la sombra del flamboyán florido, refugio de pensamientos gratos. Allí Fido, pasaba las horas enteras cuidando a su fiel amiga. Ella, en sus adentros decía, ¡qué dicha he tenido como compañero a este leal y sincero can. Muchas veces es mejor estar acompañada de un sincero e inocente compañero del mismo reino que recibir las caricias piadosas de un ser humano de sentimiento siniestro, así pensaba Lucero. Hoy me miman y me acarician mientras las fuerzas me acompañan y la juventud perdura, pero al llegar el ocaso de mi vida, me largas, me despides, me desechas, pero este inocente can me sigue hasta la tumba, me vigila y me cuida, mientras que en la

sociedad actual el hombre vale mientras sirve su intelecto, su juventud, sus fuerzas, pero al éstos abandonarlo está sentenciad al ostrasismo, al destierro espiritual, a la soledad hasta que llegue la funesta diña, sentencia de Lucero.

Cuando más entretenida estaba Lucero en sus pensamientos, los mismos fueron abortados por el ladrido de Fido al olfatear mi presencia. -Vamos Lucero, tenemos que caminar, la noche nos sorprende y el cabalgar es lejano - Le dije.

Fido saltó como un resorte y empezó a mordiscar el hocico de Lucero. El momento ha llegado para subir a la montaña decía Lucero y desde allí en la soledad de la noche cuando nos dejen solos podemos contar las estrellas y seguir detrás de la luna llena y alzar los brazos para tratar de atraparla; las luciérnagas nos alumbrarán el camino y estará todo el firmamento a nuestra merced para hacer toda clase de diabluras.

-Fido, móntate en mí para recoger todas las estrellas y las escondemos bien ocultas en nuestro corazón y las derramamos en la madrugada sobre la grama.

-¡Qué contento se sentirá nuestro amo cuando observe a la hora de la aurora que las estrellas han sido derramadas en el prado; así le decía Lucero a Fido en su coloquio.

Y así fue, al otro día mientras las lágrimas del flamboyán me mojaban por la ausencia de Lucero, estaba la verde grama engalanada del bello rocío de la noche.

MUERTE DE LUCERO

Lucero estaba paseando en una hermosa pradera escogida para la ceba. ¡Qué hermosa se puso la rozinante cual novia camino al altar! Todos los corceles de la comarca se fijaban en tan ecuestre figura. Las reinitas sentían envidia al ver tan bonita estampa. El sol radiante, le guiñaba un ojo a la luna cuando veía trotar a Lucero. Tal parecía una bailarina con su escultural figura ofreciéndosela al aplauso como un don de la natura. Ella masticaba aquí, masticaba allá los más hermosos tallos de la verde yerba, tal parecía que sería su ultimo festín. Relinchaba y relinchaba como queriendo decir adiós; ya mis horas están contadas.

De repente y mirando hacia un acantilado nota una hermosa hierba que la invitaba a saborearla.

Allí estaba Fido atento y le preocupaba el alborozo de tan humilde animal. Y mirando hacia el infinito se acordaba de la contentura del ganso anunciándose la muerte.

De repente, Lucero corre y corre hacia la funesta furnia, que como una mortal trampa que espera a su víctima se desliza para saborear lo que iba a ser su última cena. Al poner sus manos delanteras al borde del precipicio, sus blancos cabos se fueron hundiendo y hundiendo mientras Lucero iba desapareciendo.

Aquel infierno, era como la arena movediza que mientras más se movía más se hundía. Solo la cara le quedaba fuera. Los ojos relampagueantes se tornaban nublados como cuando la luna se opaca cuando amanece. Las avecillas estaban tristes porque

ya Lucero no las acompañaba. Los lirios, nardos y azucenas estaban marchitas, no tenían olor porque su inseparable compañera sufría por zafarse de aquella trampa.

Fido en su deseperación trataba de halarla por el hocico, pero era demasiado peligroso. El miraba hacia el cielo pidiendo fuerzas para sálvar a su compañera, pero era inútil.

Lucero lo miraba con tristeza y le decía con frases entrecortadas; -ya es tarde mi amigo; estoy cerca de la muerte, pero te seguiré esperando-.

Fido, aullaba y aullaba pidiendo auxilio para su compañera, lloraba igual que un niño al ver desaparecer a su amiguita en las turbulentas aguas de un remolino.

Corría de un lado a otro buscando ayuda.

-Qué pasa Fido, que estás tan intranquilo? El poniéndome las patas delanteras en el pecho lloraba y lloraba.

-Dime, ¿qué te sucede?

El, con un aullido profundo y caminando hacia la furnia me condujo a donde estaba Lucero.

-¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué te ha pasado Lucero?-

Ella, con un relincho ahogado me pedía ayuda.

Yo era insuficiente para tan grande tarea. Envié a Fido a buscar gente para sacar a Lucero de la fatídica trampa.

Llegaron; ¡cuál fue el asombro al encontrarnos en coloquio lleno de gemidos y de lágrimas!

Allí estaba Lucero despidiéndose de mí, despidiéndose de Fido y me decía, -nunca olvidaré el flamboyán florido que me daba sombra-.

Pasaron las horas y el trabajo de rescate se hacia más te dioso. No queríamos lastimar a Lucero con los cáñamos y las palancas de palo. Cada fuerza que hacíamos le producía dolor. Cada quejido de Lucero era una herida que yo sentía en mi corazón. Fido también sufría.

Después de tanto esfuerzo Lucero salía a la superficie.

Había subido triste y maltrecha, ya sus horas estaban con tadas, ya sus fuerzas la abandonaban.

Toda la naturaleza estaba triste, ya el Gorrión no cantab el Pitirre permanecía mudo en la enrramada, el colibrí estaba quieto, ya no barrenaba las flores con su aguijón para extraer el néctar, ya el Guaragua no volaba en picada sino que permane cía inmóvil en el aire, y el zorzal estaba mudo. Fido permane cía mudo ante la agonía de Lucero.

Mientras yo, creyendo que le devolvía la vida la llamaba la llamaba incesantemente como queriéndola resucitar, pero era imposible.

¡Lucero, Lucero, óyeme, Lucero, Lucero, mírame!, pero ell con una mirada opaca y laguideciendo me contestaba con un débi relincho que casi no se oía.

Lucero se me iba para siempre, ya Fido no tendría a su compañera. Yo lloraba, Fido aullaba igual que un lobo porque en aquella nefasta trampa moría Lucero. Allí morían nuestros coloquios, allí morían nuestros juegos, allí moría Lucero.

De repente, salta un enjambre de moscas gusaneras y cada una depositaba un gusano sobre la piel sedosa de Lucero.

Entonces Fido y yo nos abrazamos y con lágrimas en los ojos dijimos -Adiós Lucero-.

Impreso en la
Universidad de Puerto Rico
Colegio Universitario de Cayey
Centro Audiovisual
1982